

ALFREDO FLOREISTÁN (coord.)

HISTORIA MODERNA UNIVERSAL



Alfredo Floristán (coord.)

HISTORIA MODERNA
UNIVERSAL

CAPÍTULO 23

LA CULTURA EN EL SIGLO DE LAS LUCES

por FERNANDO SÁNCHEZ MARCOS
Universidad de Barcelona

1. Introducción

«Somos los descendientes directos del siglo XVIII.» ¿Continúa vigentes, a principios del siglo XXI, esta tesis de Paul Hazard? En buena parte, sí. Algunas ideas-fuerza y valores sociopolíticos que surgen o se vuelven hegemónicos en el Siglo de las Luces siguen siendo ampliamente aceptados hoy. Así los valores de razón, progreso, civilización, tolerancia y utilidad. Estas ideas-fuerza son aceptadas no sólo en nuestro mundo occidental, sino también, aunque de manera desigual, en otras civilizaciones. Por ello el tema que nos ocupa nos ayuda a entender el surgimiento de una era o fase histórica conocida a veces como la Modernidad. Una Modernidad que se iniciaría en el último siglo de la Edad Moderna (el siglo XVIII), viviría su apogeo en el siglo XIX, y empezaría a ser cuestionada seriamente en el último tercio del siglo XX.

Es cierto que, entendiendo cultura en un sentido más antropológico, como la manera de vivir y pensar compartida por un grupo humano, la gran mayoría de las realidades culturales del siglo XVIII no pueden ser reducidas al movimiento que hoy designamos con el nombre de Ilustración, *Lumières* («lucos» en francés), o sus equivalentes aproximados en inglés (*Enlightenment*), alemán (*Aufklärung*) o italiano (*Illuminismo*). La influencia que posteriormente ha alcanzado este movimiento histórico-cultural, dentro y fuera del mundo occidental, justifica, con todo, que le dediquemos una atención sustancial en este capítulo. En otro lugar se estudia más concretamente en qué medida y mediante qué prácticas trató de hacerse realidad, por algunos gobernantes, el programa ilustrado de los *philosophes*. (Se solían autodenominar así los filósofos o, más bien, los intelectuales que buscaban reformar, guiados por la razón, la sociedad cristiana tradicional de hegemonía aristocrática.)

En las páginas que siguen comenzaremos por presentar a grandes rasgos las características fundamentales de la cultura europeo-occidental en el siglo XVIII. Sobre ese transfondo, situaremos el movimiento ilustrado en su significación general, aludiendo también a sus diferentes modalidades, figuras, centros y realizaciones. Hare-

mos después algunas consideraciones sobre los límites de la Ilustración y los orígenes del Romanticismo, así como sobre la ambigüedad de la Modernidad que nace en el Siglo de las Luces. Tras referirnos a las tendencias en las artes visuales, nos ocuparemos por último de los progresos que se alcanzaron en el conocimiento de la naturaleza y en su dominio.

2. Las características básicas de la cultura europeo-occidental en el siglo XVIII

La cultura europea, es decir, la manera de vivir y de pensar compartida básicamente por la gran mayoría de sus habitantes, se caracteriza por los siguientes rasgos:

2.1. EL CRISTIANISMO COMO REFERENTE CIVILIZATORIO FUNDAMENTAL

La religión cristiana continúa siendo el referente fundamental que articula la visión del mundo y las prácticas sociales tanto del campesinado como de los hombres y mujeres de las ciudades. El arte y la destinación del espacio, la onomástica, las costumbres familiares y las fiestas están moduladas en gran medida por los valores, los símbolos y las prescripciones del cristianismo. Las iglesias protestantes o católicas se encargan de transmitir la doctrina y la moral cristianas mediante una predicación ya muy organizada, mediante el ejemplo de la mayoría de los eclesiásticos secundado por los fieles, y mediante el control de la disidencia ideológica y sobre las costumbres.

Por otra parte, en el siglo XVIII continúa el proceso de difusión del evangelio cristiano en buena parte del mundo, especialmente en América. En 1790 había en México y América del Sur, 7 arzobispados, 36 obispados y más de 70.000 iglesias. Varias poblaciones de la actual California norteamericana deben su origen a fundación de algunas misiones (centros de evangelización) en el siglo XVIII. Una de las experiencias misionales y socioculturales más importantes fue la que llevaron a cabo los jesuitas entre los indios guaraníes en las llamadas *reducciones* del Paraguay. En ella se basa una famosa película de R. Joffé, *The Mission*.

En el mundo protestante, el más importantes movimiento de renovación cristiana fue el metodismo, fundado en Inglaterra por John Wesley en 1738, con la finalidad de facilitar en los medios populares el conocimiento de la Biblia y la vivencia cristiana. En las colonias norteamericanas el metodismo desembocaría después en la creación de la Iglesia Metodista Episcopal. En la Alemania luterana tuvo gran importancia, sobre todo entre 1730 y 1750, el pietismo (fundado en 1670 por P. Spener) el cual acentuaba los aspectos místicos y caritativos del cristianismo. El pietismo influyó a su vez en el nacimiento de la corriente espiritual de los Hermanos Moravos, con centro en Herrnhut («la protección del Señor»). Esta corriente irradió también a otros países europeos y de ultramar.

Sin embargo, el ascendiente social del cristianismo merma sensiblemente en el siglo XVIII entre las elites de algunos países, especialmente en Francia, Inglaterra y Holanda, por varias razones. En parte por las agrias disputas entre corrientes eclesiásticas (así entre los jansenistas y jesuitas en Francia y otros países), por el descrédito

que va ocasionando a las iglesias la intolerancia religiosa, por las dificultades para armonizar las interpretaciones tradicionales de la Biblia con las nuevas experiencias culturales y científicas, y por la mundanización de una parte significativa del clero y la vinculación de ésta con un ostentoso poder temporal.

2.2. LA TRANSICIÓN A LA CIVILIZACIÓN DE LA ESCRITURA

En el siglo XVIII tiene lugar la transición de una cultura basada en la transmisión oral a otra en la que lo escrito tiene ya un importante protagonismo. Este protagonismo de la escritura se ve favorecido por diversas causas. En toda Europa, especialmente en Europa occidental, aumenta sensiblemente la alfabetización, sobre todo en las ciudades, aunque en unas proporciones y con unas diferencias (según los medios socioculturales, los países y el género) aún no bien conocidas. En el conjunto de Francia, por ejemplo, el promedio de personas que firmaron su acta de matrimonio pasó, entre los hombres, del 29 % (en 1690) al 47 % (en 1790). En ese último año, el porcentaje entre las mujeres llegaba al 27 %, con importantes diferencias regionales. En el centro de Londres, la población alfabetizada podría acercarse ya, a mediados de siglo, al 90 % entre los hombres y al 70 % entre las mujeres. Las cifras que conocemos de Amsterdam no distan mucho de éstas.

La transición a la civilización de lo escrito se vio favorecida también por la aparición o expansión de nuevos medios de comunicación (los diarios y las revistas), así como por la mitigación de la censura en algunos países. El primer diario inglés, *The Daily Courant*, apareció en 1702 y, 75 años después, el primero en francés. Esta diferencia cronológica se explica, en parte al menos, por el hecho de que en Inglaterra, a diferencia de Francia, la ley garantizaba desde fines del siglo XVII una libertad de imprenta básica.

Por lo que respecta a las gacetas o periódicos no diarios (semanales en bastantes casos), a lo largo del siglo se desarrolló y consolidó una amplia tipología. Algunos periódicos, de información general, se orientaban más hacia la divulgación de noticias políticas y económicas; otros, hacia la creación de opinión. Entre los primeros, uno de los que tuvo más éxito, además de las gacetas holandesas fundadas ya en el siglo anterior, fue el que se suele conocer como el *Hamburg Correspondent* (publicado desde 1730). A fines de siglo difundía unas 80.000 copias, un número muy elevado. Parece que en el norte de Alemania, en vísperas de la Revolución francesa, cerca de la mitad de los varones adultos tenían acceso a las informaciones de los periódicos, bien fuera como lectores o como oyentes de su lectura.

Entre los periódicos de opinión, el *Spectator*, publicado en Londres en los primeros decenios del siglo, se convirtió en un punto de referencia. En el Siglo de las Luces nacieron también periódicos o revistas especializadas. Ya en 1739 surgió en la ciudad universitaria alemana de Göttingen una revista dedicada a cuestiones científico-culturales que adquirió gran prestigio. También existió una prensa especializada en economía, la cual llegó a España en el último decenio del siglo con *El Correo Mercantil* y el *Semanario de Agricultura*. La irradiación de esta prensa fuera del propio país dependía de muchos factores. La prensa en francés se vio facilitada por la hegemonía de esta lengua a lo largo de todo el siglo. Incluso una buena parte de la prensa

holandesa se publicaba en francés. Así se comprende mejor la difusión de *Le Journal des dames*, publicado en París, una revista que concedía una atención importante a la moda. En 1761, la revista llegaba a 39 ciudades de Francia y a 41 ciudades de otros países. Otro indicador de la irradiación de la lengua francesa es el porcentaje de las traducciones de obras escritas en ella. Por lo que respecta a España se ha calculado que la proporción fue, en el siglo XVIII, de casi dos tercios del total de obras traducidas.

Otro hecho que favoreció la difusión de lo escrito fue la lengua en que se publicaban casi todas las obras, al menos en Europa occidental. Salvo en ámbitos restringidos, el latín fue sustituido en cada país por la respectiva lengua literaria, mientras que el francés constituía la lengua de relación internacional («la lengua universal», en expresión la Academia de Ciencias y Letras de Berlín en 1782), por la hegemonía política y el prestigio del arte de vivir de Francia desde el reinado de Luis XIV. El francés asumió, así, el papel que había desempeñado antes el latín en la república europea de las letras. Sin embargo, hablando en términos globales, la gran mayoría de los europeos, salvo en los países noroccidentales, siguió siendo analfabeta. Siguió recibiendo y transmitiendo su visión del mundo mediante el relato y las imágenes, más o menos toscos, más o menos creativos.

2.3. ¿CULTURA ILUSTRADA *VERSUS* CULTURA POPULAR?

Quizás sea en el siglo XVIII cuando se diera una mayor distancia entre las formas de pensar y de vivir de las élites europeas y de la mayoría de la población campesina. Las élites dejaron de compartir buena parte de los rasgos de la mentalidad popular. A las élites ilustradas les disgustaba la afición del pueblo a la astrología y la adivinación, las pantomimas burlescas y el resabio de violencia colectiva que manifestaban muchas fiestas urbanas o campesinas como las cencerradas (ritos de irrisión de los que eran víctimas algunos matrimonios). Mientras que los comportamientos populares solían ser más espontáneos, rudos y crédulos, el autocontrol (al menos externo), la sofisticación, y un cierto sentido crítico iban predominando entre las élites, especialmente entre la burguesía ilustrada.

Numerosos ilustrados quisieron entablar una verdadera lucha contra las llamadas «supersticiones del vulgo». Pero no puede contraponerse, de manera simplista, la «cultura popular» a la «alta cultura» o «cultura de elite» ilustrada. Si es que cabe distinguir las, la circulación y mutua influencia entre ambas fue un fenómeno muy importante, como ha resaltado Roger Chartier. Lo que se considera a veces tradición popular inmemorial ha sido «inventada» a veces con la intervención consciente de un grupo «culto».

Ya a fines del Siglo de las Luces, se extendió incluso entre algunos intelectuales una cierta idealización y admiración por los valores —supuestamente simples y auténticos— del mundo campesino, no corrompido por la civilización. Conectan con este enfoque la creación del mito del buen salvaje por Rousseau, el interés de Herder y Macpherson por las canciones populares, o la mirada del genial Francisco de Goya en sus escenas costumbristas. Con todo, la palabra inglesa *folklore* (de *falk/folk*, pueblo; y *lore*, ciencia) no fue usada por W. J. Thom(a)s hasta 1846.

2.4. LA HEGEMONÍA MASCULINA Y EL PAPEL SOCIAL DE LA MUJER

En la mentalidad del siglo XVIII y en la sociedad jerárquica en la que surgió el movimiento ilustrado, la esfera pública estaba dominada por los hombres. Podría quizás hablarse de una sociedad patriarcal. Las mujeres prácticamente no tenían acceso a la educación superior ni a los cargos públicos, con la importante excepción de la realeza en algunos países. En cambio, las mujeres desempeñaban un protagonismo social clave en algunos servicios eclesiásticos, de asistencia a los pobres, a los enfermos y a los ancianos. En la mentalidad de la época el papel de la mujer era casi exclusivamente el de esposa y madre, o el de religiosa, supeditada jurídicamente casi siempre a las decisiones de los hombres. En ese ambiente cultural, extraña menos que Diderot, en la voz «ciudadano» de la *Enciclopedia*, afirmara en 1753 que la mujer no tiene propiamente los derechos de un ciudadano. En Europa hay que esperar a la coyuntura revolucionaria posterior a 1789 para encontrar reivindicaciones explícitas y articuladas de los derechos políticos y sociales de la mujer. Así, en cierta manera, en un ensayo del marqués de Condorcet en 1790, y de forma mucho más completa por Olimpia de Gouges, la cual reescribió en 1791, desde esa perspectiva, *Los derechos del hombre y del ciudadano*, para desgranar *Los derechos de la mujer y de la ciudadana*. Al otro lado del Atlántico, se reconocieron precozmente algunos de estos derechos en las colonias británicas de Nueva Jersey y Pensylvania. En Gran Bretaña propiamente dicha una obra clave en esa línea de pensamiento, aunque menos revolucionaria, fue la *Vindication of the Rights of Women*, coetánea a la anterior, escrita por la inglesa Mary Stonecraft.

Parece que fue también en la Inglaterra del siglo XVIII cuando empieza a surgir en Europa lo que Lawrence Stone ha denominado el «individualismo afectivo», ya que comienza a reconocerse allí entre la nobleza el derecho del hijo o la hija a decidir sobre su matrimonio. *El sí de las niñas* (1806), una obra de teatro escrita por el ilustrado Leandro Fernández de Moratín, aboga también por esta autonomía afectiva. En ella cuestiona la costumbre de que el padre decidiera el esposo de sus hijas sin tener en cuenta sus preferencias ni las disparidades de edad.

Pese a las desigualdades de género imperantes, algunas mujeres pertenecientes a las elites tuvieron en la época de la Ilustración un papel bastante activo como aglutinadoras de círculos de sociabilidad y de animada comunicación intelectual. Una de las formas prototípicas de estos círculos, los «salones», han dado origen a numerosos estudios, como el de V. Heyden-Rynsch. En París fueron célebres los «salones» de *Madame* (la señora) Deffand o *Madame* de Lespinasse (muerta en 1776).

3. La Ilustración como movimiento intelectual y sociocultural

3.1. EL SIGNIFICADO Y CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA ILUSTRACIÓN EN LA HISTORIA EUROPEO-OCCIDENTAL

La Ilustración es una etiqueta cómoda, necesaria y no ^{缺力的}carente de sentido, para designar un cúmulo de realidades complejas, de personajes, obras e instituciones de sociabilidad con matices muy diferentes. Por ello no es extraño el gran número de deba-

tes que suscita en el que participan miles de especialistas de todo el mundo. Éstos son tantos que se ha hecho necesario repertoriarlos en una publicación específica.

El término equivalente a nuestra «Ilustración», como sustantivo abstracto, surgió por primera vez en Europa, concretamente en Alemania (*Aufklärung*) ya en la década de 1780 para designar un movimiento cultural y social. ¿Qué era, en síntesis, la Ilustración? La ilustración era el proceso mediante el cual la humanidad entraba en su mayoría de edad, al atreverse a pensar y examinar, a la luz de la razón, el legado recibido. La optimista confianza en la luz de la razón es un hilo conductor común al pensamiento de quienes se consideraban ilustrados. La razón, tendían a pensar, bastaría para desentrañar los problemas humanos y superar los errores y horrores del pasado.

Decenios atrás, al estudiar la Ilustración se ponía el acento más en la búsqueda de una definición normativa o en la identificación de un corpus de pensamiento, el cual constituía la referencia básica. En el núcleo de este pensamiento se encontraba la convicción antes mencionada. Se pensaba, por otra parte, que el modelo de la Ilustración por excelencia (o la «verdadera» Ilustración) se había dado en Francia. En los últimos años los estudios sobre el movimiento ilustrado están más atentos al proceso de ampliación del diálogo cultural que significó, en el conjunto europeo, el movimiento de las Luces. Ha aflorado también una visión más multipolar y no tan ajustada a la modalidad francesa. Alguna obra (así S. Jüttner y J. Schlobach) recoge a la vez, incluso en su título (Ilustración/es), la relativa unidad y la diversidad del fenómeno analizado. Podría decirse que el término Ilustración, considerado tradicionalmente como un canon de grandes textos y doctrinas filosóficas, ha pasado hoy a referirse, ante todo, a una evolución en las prácticas culturales, modos de representación y formas de sociabilidad...

3.2. CRONOLOGÍA, SOCIOLOGÍA Y CONTEXTO HISTÓRICO DE LA ILUSTRACIÓN

Como cronología para la Ilustración, puede adoptarse la que utiliza T. Munck: desde 1721 (aparición de las *Cartas persas* del barón de Montesquieu) hasta 1794, cuando muere Condorcet y la Revolución francesa (deriva hacia unos derroteros radicales ajenos al reformismo ilustrado). La época de apogeo de la Ilustración es *grosso modo* la segunda mitad del siglo XVIII. Sobre todo los años que median entre 1748 y 1774. En 1748 Montesquieu publica el *Espíritu de las Leyes*. En 1774 la aparición de la obra de Herder *Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad* y el movimiento literario alemán *Sturm und Drang* («tempestad y empuje») testimonian el inicio de un nuevo clima cultural preludio del Romanticismo. Pero aunque, en cierto modo, la Ilustración termina cuando aparece el Romanticismo, el liberalismo, impulso dominante en el siglo XIX, es hijo de la Ilustración y, en algunos aspectos, también el marxismo. Éste, por su racionalismo prometeico y por su fe en el progreso.

La expansión del lenguaje característico de las Luces, desde los niveles altos del discurso, en obras más formalizadas o filosóficas, hasta la correspondencia coloquial, es una vía para establecer una cronología diferencial de la Ilustración en los diferentes países europeos y extraeuropeos. En Europa, esta visión del mundo se extiende de norte a sur y de oeste a este.

La Europa del este y del sureste (cirílica y otomana) se vería afectada por la Ilustración de forma más tardía y superficial. El movimiento de las Luces alcanzó a las zo-

nas atlánticas americanas colonizadas por anglosajones e ibéricos, en los últimos decenios del siglo XVIII y a principios del siglo XIX. Las revoluciones americanas no son concebibles sin la difusión de las ideas ilustradas. A fin de cuentas, la Ilustración del siglo XVIII fue un fenómeno occidental tanto o más que europeo.

Al igual que otras corrientes o movimientos socioculturales, la Ilustración se comprende mejor en su contexto histórico global. Su optimismo racionalista está muy en consonancia con la autoconfianza de una elite europea. Los motivos para esta confianza residían en la expansión del comercio y la navegación, en el notable avance científico, la existencia de una relativa paz (al menos en comparación con la guerra de los Treinta Años) y la progresión de la civilización europea y del dominio de Europa en todos los continentes.

Desde el punto de vista sociológico, en el siglo XVIII la Ilustración concernió fundamentalmente sólo a una elite urbana de nobles y notables del tercer estado (financieros, comerciantes y, sobre todo, funcionarios y hombres de profesiones liberales, como médicos y abogados). Así, espigando algunos nombres, vemos que Montesquieu y Gibbon fueron aristócratas, Rousseau era de origen menestral, Helvetius un financiero, Voltaire un burgués ennoblecido, Capmany un funcionario de familia distinguida, Muratori un sacerdote, Kant un profesor. El mundo campesino permaneció casi totalmente ajeno a la Ilustración.

La interpretación marxista de la Ilustración asociaba ésta demasiado estrechamente con la burguesía, en cuanto clase social, como si la Ilustración no fuera sino el epifenómeno ideológico del creciente protagonismo de la burguesía. Sin duda es capital la conexión entre el dinamismo comercial noroccidental y el progreso cultural y político, como vieron ya algunos hombres del siglo XVIII (entre otros, Montesquieu y el historiador alemán Heeren). Pero esta conexión tiene muchos sentidos. Las libertades civiles y religiosas que existieron más tempranamente en Inglaterra, Holanda y algunas ciudades alemanas (como Hamburgo), favorecieron el comercio (y con ello el auge social de la burguesía). Por otra parte, los contactos comerciales y étnicos coadyudaron a una cierta relativización y crítica —necesaria para la innovación— de los propios valores culturales y políticos.

3.3. ILUSTRACIÓN E INNOVACIÓN

Cabe discutir en qué medida los Ilustrados fueron verdaderamente innovadores. Para algunos, más bien defendieron actitudes intelectuales surgidas ya a fines del siglo XVII, sobre todo en Inglaterra, durante la época de la «crisis de la conciencia europea». Al fin y al cabo, la actividad de Voltaire, un ilustrado prototípico puede entenderse, en buena parte, como la de difusor en Francia de las ideas «inglesas»: la física newtoniana y las teorías sobre el conocimiento humano y sobre la autoridad política de J. Locke. En cualquier caso, es nuevo, al menos, el talante provocador con el que se exponen con frecuencia estas ideas y el eco social que tienen. En este sentido, la empresa colectiva más emblemática de las Luces fue la redacción y edición de la Encyclopédie o enciclopedia francesa por antonomasia: la dirigida por Denis Diderot, publicada entre 1751 y 1772. De ahí que se relacione estrechamente a veces la Ilustración (como movimiento sociocultural) y el Enciclopedismo (como actitud intelectual afín al trasfondo ideológico de esta gran obra).

3.4. IDEAS-FUERZA QUE CONFIGURAN LA VISIÓN DEL MUNDO ILUSTRADA

¿Qué ideas-fuerza configuraron la visión del mundo más ampliamente compartida por los ilustrados? Ante todo, como ya anticipamos, la razón o, más precisamente, la confianza en la luz de la razón. El Siglo de las Luces heredó su tensión fundamental del cogito cartesiano (P. Chaunu). Leibniz, por su parte, había afirmado a fines del siglo XVII que «nada [es] más útil para conseguir la felicidad que la luz del intelecto». La reivindicación nueva de la razón, como fundamento de la Ilustración, la realizó también otro filósofo, Immanuel Kant, un siglo más tarde, en su concisa respuesta a la cuestión de ¿Qué es la Ilustración?: «La Ilustración es la salida del hombre de la minoría de edad debida a su propia culpa... ¡Sapere aude!»; Ten el valor de servirte de tu propia mente!» Kant sintetizaba así *a posteriori* una trayectoria compartida: la de la audacia de la razón. La confianza en la suficiencia de la razón fue tal vez la idea capital de la Ilustración. En ella se fundamentó una tendencia al espíritu crítico frente a todo tipo de tradiciones admitidas.

En una buena parte de los Ilustrados, especialmente en Francia, el ejercicio de la razón derivó en una impugnación de lo sobrenatural, de la revelación, y de muchas creencias cristianas consideradas como prejuicios; en un verdadero proceso al Cristianismo y, más aún, a la cristiandad y a la Iglesia católica del Antiguo Régimen. En Francia, entre los ilustrados más destacados (prevaleció) la corriente deísta que admitía una religión natural o filosófica (aunque también hubo exponentes del ateísmo como Helvetius y D'Holbach). En Alemania, en cambio, las relaciones entre Cristianismo e Ilustración fueron en general más dialogales, dándose todo un abanico de posturas. La revisión crítica de la herencia intelectual podía llevar al rechazo de ésta, pero también a la confirmación o renovación. De hecho, la mayoría sociológica de los ilustrados fue cristiana. Suscribían la reivindicación ilustrada de la razón, aceptando a la vez que la razón humana es limitada y se funda en la Razón divina encarnada en Cristo. Buscaban, en consecuencia, un Cristianismo razonable.

La razón es la nave capitana de todo un convoy semántico de las luces, en el que figuran también, en un lugar destacado, naturaleza, tolerancia, progreso y civilización. La naturaleza, que (reemplaza) con frecuencia a Dios, se entiende a la vez como algo real e ideal, positivo (dado) y normativo (que dicta sus normas) para fundamentar la ética y la política. La tolerancia civil de diversas convicciones religiosas será (preconizada) por todos los ilustrados, para superar el clima de persecuciones anteriores por motivos confesionales. En el fondo se defendía una idea que se había ido abriendo camino ya en Inglaterra, Holanda y, con más dificultades, en la propia Francia. Esta idea está relacionada, con cierta frecuencia en el Siglo de las Luces, con una actitud de indiferentismo o relativismo religioso (así en Lessing).

La creencia en el progreso de la civilización, tanto en el plano material como ético, es una de las ideas más definitorias de la visión del mundo ilustrada. Esta idea implica, por una parte, que la edad de oro no está en un pasado perdido, sino en el futuro. Por otra, presupone que el perfeccionamiento es una pauta natural de evolución. La creencia en el progreso alcanzará su formulación paradigmática en el último tercio del siglo XVIII en Turgot y en Condorcet (éste ya en plena Revolución francesa), pero es una apuesta compartida por Voltaire (aunque con más cautela), por ilustrados británicos (como el inglés Gibbon), por españoles (como el catalán Capmany) y por muchos

otros. Cara a conseguir ese progreso, los ilustrados concedían una atención muy importante al desarrollo de los conocimientos útiles para el dominio de la naturaleza y la creación de bienestar y de riqueza material. Por otra parte, para un buen número de ilustrados la fe en el progreso suministra, en bastantes casos, una aparente alternativa a la escatología cristiana, si bien para muchos otros ambas se combinan.

En cuanto a *civilización*, otro concepto ilustrado clave, es un neologismo utilizado, significativamente, por primera vez por el marqués de Mirabeau, en Francia en 1756, y adoptado rápidamente en otros países europeos. *Civilización* indicaba a la vez el estadio avanzado de la sociedad y de la cultura, y el proceso mediante el que se había llegado a ese estadio. La *civilización*, como estadio avanzado, englobaba no sólo un conjunto de conocimientos y valores culturales, sino también un desarrollo tecnológico y político-social.

Todas esas ideas-fuerza de la Ilustración, y algunas otras conexas (como libertades y reforma) configuran un sistema de valores (axiología) en el que predomina un racionalismo utilitarista, heredado todavía más de Bacon y de Locke que de Descartes. Con todo, la visión del mundo ilustrada es deudora, en buena medida, de la cristiana. Así, por ejemplo, en su concepción universalista y teleológica (finalista) de la aventura humana.

3.5. GRANDES FIGURAS, CENTROS Y REALIZACIONES DE LA ILUSTRACIÓN

El primer gran *philosophe* (filósofo o intelectual) ilustrado fue, quizás, Charles-Louis de Sécondat, barón de Montesquieu, un importante jurista radicado en Burdeos, excelente conocedor del mundo romano. En sus *Cartas persas* (1721), Montesquieu reflexiona (satíricamente) sobre la cultura y la política francesa de finales del reinado de Luis XIV, por boca de unos viajeros persas. (Algo análogo haría después el español Cadalso en sus *Cartas marruecas*.) Tras visitar varios países europeos, Montesquieu publicó en 1748, con gran éxito, su obra más importante: *El espíritu de las leyes*, un estudio sistemático y comparativo de los regímenes políticos, con fuerte influencia de Locke, (engarzado) en una filosofía racionalista del derecho y de la sociedad. En esta obra, preconiza el modelo inglés de monarquía limitada y con separación de poderes.

La admiración por las ideas políticas de Locke fue compartida también por Voltaire (François-Marie Arouet) —uno de los grandes adalides de la Ilustración— en sus *Cartas inglesas* o *Cartas filosóficas* (1734) y en otras obras. Voltaire, hijo de un notario de París, desarrolló una actividad literaria e intelectual muy importante, diversificada e influyente, sazónada de combativa ironía. Desde 1760 Voltaire llegó a convertirse en el rey sin corona de la Ilustración europea. Residió algún tiempo en la corte de Federico II de Prusia, admirador suyo y francófilo, como Catalina II de Rusia, la despota rusa a quien elogió F.-M. Arouet. Voltaire fue, sin embargo, un crítico muy acerbo del régimen político y de las instituciones francesas, cuyo poder de construcción había padecido él mismo.

Voltaire cultivó múltiples géneros literarios. Escribió poemas como *La Henriada*, 1728 (en homenaje al rey —Enrique IV— que puso fin a las guerras de «religión» en Francia), historia (así el *El siglo de Luis XIV*, 1751), obras de sátira y polémica religiosa como *La doncella* (1755, sobre Juana de Arco) y un *Diccionario filosófico*

(1764) para difundir su pensamiento, más brillante que original y profundo. En su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* de 1756, Voltaire presenta una filosofía ilustrada de la historia alternativa a la que había expuesto Bossuet en su *Discurso sobre la historia universal* (fue Voltaire quien acuñó la expresión «filosofía de la historia»). La ambigua, a veces cínica, actitud de Voltaire respecto a la religión estuvo teñida de fuerte anticlericalismo y desdeñó hacia lo sobrenatural, preconizando una religión razonable y natural. Esta actitud ha cristalizado en la creación de un adjetivo específico («volteriana») para designarla.

Denis Diderot es otra de las figuras clave de la Ilustración no sólo por sus publicaciones personales, como *Carta sobre los ciegos* (1749), sino, sobre todo, como director de la empresa intelectual colectiva más emblemática de la misma: la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, de las artes y de los oficios* (cuya realización conocemos por los estudios, entre otros, de R. Darnton). La idea de una publicación que expusiera el orden y el encadenamiento de todos los conocimientos humanos no era nueva. De hecho, inicialmente, el proyecto, luego (transmutado) consistía en la adaptación de una *enciclopedia inglesa* anterior (la de Chambers). Cerca de 4.000 personas se interesaron como suscriptores por la iniciativa. En 1751 apareció el primer volumen, en orden alfabético, encabezado por un «Discurso preliminar» obra del matemático D'Alembert que era un himno al progreso científico. D'Alembert fue clave en la coordinación de los artículos científicos, aunque en 1758 se retiró de la dirección de la obra.

Unos 130 redactores colaboraron con Diderot y D'Alembert en los artículos de la Enciclopedia. Veamos algunos de ellos. Voltaire escribió artículos históricos, Rousseau sobre música, Quesnay (el teórico fisiócrata) y Turgot acerca de cuestiones económicas, Buffon, autor de una famosa *Historia natural* y director del jardín real botánico de París, escribió sobre ciencias naturales. Uno de quienes lo hizo sobre química fue D'Holbach, autor del *Sistema de la naturaleza*, un riquísimo financiero alemán emigrado a Francia.

Aunque con interrupciones, por las dificultades internas y las cortapisas de las autoridades, en 1765 se habían terminado de publicar los 17 volúmenes de texto de la Enciclopedia y en 1772 estaban ya listos los 11 de grabados, los cuales ofrecen una imagen de la civilización material de la época. En conjunto, la Enciclopedia es una «prudente apología del progreso humano, separada de todo dogma y de toda autoridad» (R. Mandrou). En algunos artículos se hace una crítica hábil, semientucubierta, a veces contradictoria, del Antiguo Régimen y del Cristianismo. Pero las prohibiciones que sufrió se atemperaron por el apoyo de algunos personajes influyentes del entorno cortesano y la presión de lo que más tarde se llamaría la opinión pública. Una opinión pública que la propia Enciclopedia, cuyo éxito fue considerable, contribuía a crear. Se publicó, traducida y adaptada, en otros países, aunque en Europa central tuvo mala acogida. Es difícil calibrar la influencia real de la Enciclopedia, incluso en Francia, pues la suscripción o adquisición de ella no indica necesariamente que se compartiera su filosofía de fondo. El éxito de la Enciclopedia de Diderot animó a otros proyectos análogos. Así, desde 1778, el de la *Enciclopedia metódica*, dirigida por Panckoucke, que actualizaba la anterior, sin el talante más bien anticristiano de aquélla.

De entre todos los colaboradores de la Enciclopedia, uno de los más célebres es el (ginebrino) Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), cuya vida turbulenta conocemos

también por sus *Confesiones*. Rousseau, considerado a veces como un ilustrado radical, es un heraldo del pensamiento democrático y de la soberanía popular en *El contrato social* (1762). Sin embargo, la reivindicación que hace Rousseau del sentimiento, su peculiar espiritualismo y sus dudas respecto al progreso de la civilización le aproximan a las actitudes románticas. «Con Voltaire termina un mundo, con Rousseau comienza otro», escribió Goethe. Rousseau mostró un gran interés teórico por la educación en el *Emilio*, si bien abandonó a su hijos.

La Ilustración europea fue (policéntrica). No fue sólo obra de la intelectualidad parisina. En Edimburgo, la capital de Escocia, encontramos otro de los centros del mundo británico en los que trabajaron algunas de las figuras más importantes del pensamiento ilustrado. David Hume (1711-1776), el Newton de la psicología, orientó, como filósofo, el empirismo de Locke hacia un (escepticismo) epistemológico. Pero este escepticismo lo equilibraba con su confianza en el valor de las creencias morales y del instinto cívico presidido por el utilitarismo. Hume cultivó también con éxito la historia político-social de Gran Bretaña. Más profesionalmente se dedicó a la historia, también en Edimburgo, William Robertson, figura destacada del grupo escocés de los Moderados y dirigente de la iglesia presbiteriana. Sobresalió también allí la figura de Adam Smith (1723-1790), conocido sobre todo por su *Riqueza de las naciones* (1776). Esta obra, surgida tras los inicios de la revolución industrial, es una piedra miliar de la teoría económica, especialmente de la liberal. Edimburgo fue también la sede de uno de los clubs o sociedades de debate cultural y político más importantes: la *Select Society*, que floreció entre 1754 y 1764.

Sin abandonar el mundo británico, y por lo que respecta a Inglaterra, cabe evocar a J. Locke como precursor de la Ilustración, y mencionar al historiador Edward Gibbon y al poeta, crítico y lexicógrafo, doctor Johnson. Mientras que Gibbon en su *Decadencia y caída del Imperio romano* (1776-1788), expone la tesis de que contribuyó a esa caída «el predominio o al menos el abuso del cristianismo», el doctor Johnson podría representar, por sus ideas, la síntesis de Cristianismo e Ilustración. En Londres, las libertades de reunión y de prensa facilitaron la existencia y actividades de numerosas sociedades públicas de debate desde mediados del siglo XVIII.

Por lo que respecta al clima cultural y al pensamiento ilustrado en las colonias británicas de Norteamérica, hay que subrayar que el espíritu, e incluso la letra, de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica de 1776 es una de las expresiones más acabadas de la eficacia y de las potencialidades políticas del proyecto ilustrado.

En Alemania, la figura polifacética de Immanuel Kant (1724-1804) nos introduce en algunas de las complejidades y características del estudio de la Ilustración y de su variante germánica. Por una parte, en él podemos ver la encarnación y culminación del pensamiento ilustrado alemán, con su profundidad filosófica y su moderantismo político. En su *Crítica de la razón pura* (1781), Kant profundiza en la teoría del conocimiento, tratando de superar el escepticismo de Hume y el realismo «ingenuo» anterior. Las condiciones y posibilidades del conocimiento, al menos del mundo fenoménico (el ámbito de la ciencia) se fundamentan, según él, en la estructuración creativa de la razón. En la *Crítica de la razón práctica* (1788), Kant se ocupa del mundo noumenal del ámbito de los valores, mucho más problemático. En esta obra propone una ética autónoma y un (vago) deísmo, al margen del cristianismo. Políticamente, Kant fue

un liberal moderado, interesado por la paz perpetua, sobre la que escribió. Su pensamiento puede verse como una culminación de la Ilustración, pero también, en algunos aspectos, puede considerarse a Kant como el iniciador de la filosofía idealista alemana del Romanticismo, representada por Fichte, Schelling y Hegel, la cual se nuclea en el primer tercio del siglo XIX. Por otra parte, Kant nos aparece también en relación con la Ilustración considerada como un movimiento de amplificación de la comunicación político-cultural. Él fue uno de los miembros y animadores de una de las más importantes sociedades de lectura y discusión que florecieron en Alemania, la semisecreta Sociedad de los miércoles de Berlín, que se reunió quincenal o mensualmente desde 1782 a 1789.

Otra figura clave y polifacética en el panorama cultural germánico en el Siglo de las Luces fue la de G. E. Lessing (1729-1781), hijo de un clérigo protestante sajón. Lessing contribuyó ampliamente a la revitalización de la literatura alemana y combatió el neoclasicismo francés. Sus afinidades con el pensamiento ilustrado se manifiestan en la visión de la historia en clave de progreso moral que expuso en *La educación del género humano* (1780). Su actitud intelectual representa el engarce entre la Ilustración y el movimiento prerromántico del *Sturm-und-Drang*.

Aunque en Italia y en España el movimiento ilustrado tuvo bastante menos espesor social que en Francia, Gran Bretaña o el norte de Alemania, contó también con importantes figuras y algunos sectores en los que calaron las nuevas ideas y actitudes. Es significativo que en Italia se hicieran dos ediciones (en Luca y Liorina) de la propia *Enciclopedia* de Diderot. En el ámbito del *Iluminismo* italiano podría situarse el filósofo e historiador Ludovico Antonio Muratori, sacerdote católico (1672-1750). Su texto *La felicidad pública objeto de los buenos principios* (1749) se difundió ampliamente, sobre todo en Austria. También, Cesare Beccaria, comprometido en la reforma humanizadora de los terribles procedimientos penitenciarios y penales del Antiguo Régimen. Beccaria perteneció al círculo intelectual agrupado en Milán en torno a la revista *Il caffè* (1764-1765). En el Nápoles del *Iluminismo* maduro, el profesor de economía política Antonio Genovesi preconizó en sus *Lecciones de Comercio* (1766-1767) la libertad de éste como medio de desarrollo de la economía meridional. En los márgenes de la visión del mundo ilustrada cabe ubicar, en cambio, al filósofo de la historia y de la cultura Giambattista Vico (1688-1744), autor de la *Ciencia nueva*. Vico fue un antecesor original del historicismo del siglo XIX.

En España, la sintonía con el movimiento ilustrado y la influencia francesa no fue tan grande como pensó Sarrailh, si bien esta última se veía favorecida por la comunidad dinástica y la proximidad cultural. Con todo, aunque con un *décalage* cronológico considerable respecto a Francia, se dio en España en el siglo XVIII una Ilustración católica, similar a la italiana e influida también por ésta. Lejos del radicalismo francés, las actitudes de los ilustrados españoles fueron por lo general moderadas y reformistas, en la creencia —como expresó Gaspar M. de Jovellanos— de que «una nación que se ilustra puede hacer grandes reformas sin sangre». La conciencia nacional de los ilustrados hispánicos se vio lacerada por el desdén de los *philosophes* y enciclopedistas franceses. Por ello, uno de los objetivos de aquéllos fue la superación de la decadencia. En el frente interno, los ilustrados españoles debieron luchar ardua y cautamente contra la corriente casticista de un catolicismo más combatiente que pensante.

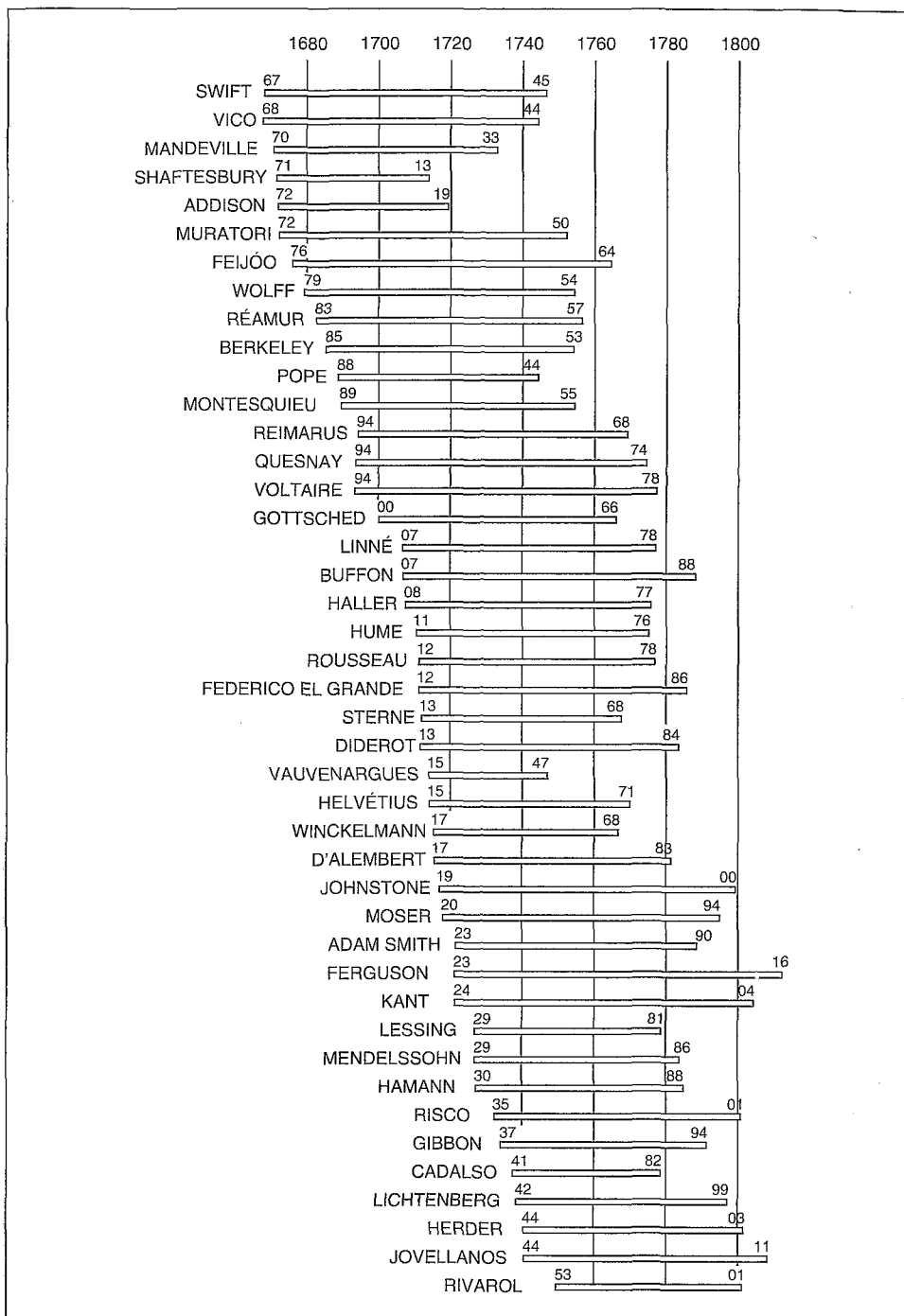


FIG. 23.1. Figuras más representativas de la Ilustración (datos biográficos).

En la primera mitad de siglo, mientras que el beneditino gallego Benito Feijóo cultivó el ensayismo crítico para «desengaño de errores comunes» y divulgación, el valenciano Gregorio Mayans acentuó más la solidez y la erudición cara a la renovación cultural. En la segunda mitad de siglo, desde la entrada en escena de la generación de Campomanes y Olavide, las inquietudes críticas y reformistas de los ilustrados españoles se ampliaron al campo económico y social. Así, el conde de Campomanes alentó la formación generalizada de Sociedades Económicas de Amigos del País. Por su parte, Antonio (o Antoni) de Capmany, gran historiador y filólogo, se comprometió personalmente en los proyectos reformistas de Carlos III y abogó por el reconocimiento social del comercio y del trabajo útil.

4. Los límites de la Ilustración y los orígenes del Romanticismo

4.1. LOS LÍMITES DE LA ILUSTRACIÓN

Ya dijimos que el movimiento de las Luces apenas afectó directamente al mundo campesino. Incluso en las formas de pensar y vivir de los grupos alfabetizados es necesario acotar el movimiento ilustrado, sin confundir éste con la cultura del siglo XVIII. Hubo corrientes intelectuales muy influyentes al margen de la Ilustración e incluso frontalmente opuestas a ésta, también en la época de mayor operatividad del movimiento ilustrado. Así, a partir del estudio de las bibliotecas privadas en los países latinos, se constata que en el siglo XVIII se dio más bien una superposición de la cultura ilustrada sobre la escolástica y barroca, que una sustitución de ésta por aquélla. Algunos autores combatían las ideas ilustradas porque identificaban, en bloque, la moderna filosofía con el ateísmo o la irreligión. Así, el padre Zeballos en La falsa filosofía 1775. Otras veces, más que con actitud explícitamente antiilustrada, lo que predomina es la continuidad de una enseñanza basada en la autoridad, en la tradición y en el sistema político-confesional emblemático por la monarquía de Luis XIV.

Por otra parte, no puede trazarse una nítida demarcación entre el clima cultural ilustrado y el romántico. Debe hablarse más bien de un solapamiento. Las manifestaciones precursoras del movimiento romántico aparecieron antes en Inglaterra y Alemania (hacia 1770) que en Francia. Frente a los valores universales y racionales, con un cierto regusto francés en la práctica, la generación que salió a la palestra en Alemania en el decenio de 1770 comenzaba a reivindicar el valor de la cultura específica nacional, de la intuición poética y del sentimiento. Así hablaba Herder en 1774 en Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad: «caro, agotado, fastidioso, inútil librepensamiento, sustituto de lo único que quizás les haría falta [al espíritu de algunos países]: ¡corazón, calor, sangre, humanidad, vida!». El encuentro entre Herder y Goethe en Estrasburgo, en 1770, fue decisivo para el nacimiento del movimiento prerromántico del *Sturm und Drang* (Tempestad o tormenta, y Empuje o ímpetu), cuyo nombre procedía de un drama homónimo de Klinger. Este movimiento reivindicaba la libertad estética del genio creador contra las normas del racionalismo clasicista ilustrado. El *Sturm und Drang* coincidía sin embargo con la tendencia emancipatoria contenida en la Ilustración, en la reivindicación de la libertad política frente a la ti-

ranía. El poeta, dramaturgo e historiador, Schiller, y el genial y polifacético Goethe (1749-1832), autor del *Fausto*, son dos de los representantes más célebres de ese movimiento.

En Inglaterra, la corriente prerromántica fue aún más precoz que en Alemania. La nueva tendencia se caracterizó por un sentimentalismo moralista y por hacer de la naturaleza un motivo estético capital. Las novelas de Samuel Richardson, como *Pamela* (1740), y las líricas reflexiones sobre la vida y la muerte de Edward Young, en Los pensamientos (nocturnos) (1745) son algunas de las obras claves. (El hecho de que el enciclopedista Diderot escribiera un elogio de Richardson nos manifiesta hasta qué punto son reduccionistas las necesarias etiquetas pedagógicas.) *Los pensamientos nocturnos* de Young inspirarían, entre otras obras, *Las noches lúgubres* del español Cadalso. Una y otra vez constamos que a través de las plumas de los europeos circula, más allá de las fronteras políticas, una misma savia cultural. Las novelas de Richardson, por su parte, tuvieron un gran éxito en toda Europa. En Francia ese éxito es un testimonio de la creciente (anglománia) que alcanzó su culminación, entre la alta sociedad, a finales de siglo. Todo lo inglés se puso de moda: el té, las carreras de caballos, el tipo humano del gentleman y el constitucionalismo.

4.2. AMBIGÜEDADES Y CONTRADICCIONES DE LA ILUSTRACIÓN

Nos hemos referido a la complejidad del clima cultural en Europa occidental en los últimos decenios del Siglo de las Luces. Trataremos ahora de la ambigüedad y de los gérmenes contradictorios que encerraba la «ciudad celeste de los filósofos del siglo XVIII» (C. L. Becker). Estos gérmenes explican la fragmentación del legado intelectual ilustrado en múltiples direcciones en y tras la Revolución francesa.

En cierto modo, la Revolución francesa fue propiciada por la difusión de la actitud crítica, que preconizaba la Ilustración, aunque este factor intelectual sea sólo uno de los que originaron la Revolución. Ésta puede verse como el corolario de la Ilustración, pero también como el fin de esa época. No sólo porque la Revolución se encaminó por unos derroteros bastante alejados del reformismo mayoritario entre los ilustrados. También, porque la Revolución fue una experiencia histórica de tal hondura y magnitud que transmutó y fragmentó la visión del mundo ilustrada.

Los *philosophes* más representativos alimentaron la ilusión de que la naturaleza y la razón proporcionarían unos nuevos criterios universales, morales y políticos, alternativos a los del cristianismo. Ésta fue su optimista fe subyacente.

Pero el concepto de naturaleza al que siempre se apelaba podía ser entendido de muy diferentes formas. Podía leerse en ella simplicidad, orden, armonía y leyes; o conflicto, complejidad y espontaneidad. Podía entenderse de manera organicista o mecanicista. Tampoco el recurso a la razón era menos ambiguo. La razón, ¿reconocía o creaba la realidad? Además, la supeditación a una razón (universal, como la hegeliana) podía fundamentar un gran poder de la autoridad y del estado; pero podía también apelarse a la razón (individual, en la interpretación liberal) para legitimar espacios de autonomía frente al poder.

Muchas de las ambigüedades de la visión del mundo ilustrada fueron percibidas ya en su tiempo por los más sagaces espíritus, como Goethe. De hecho, en el siglo XIX

los gérmenes de contradicción en el pensamiento ilustrado darían paso a la fragmentación de la herencia de la *Aufklärung* en un bosque de «ismos» (políticos, estéticos y filosóficos), en buena parte antagónicos: liberalismo y socialismo, neoclasicismo y romanticismo, nacionalismo y universalismo, pragmatismo e idealismo. No había ya una nueva ciudad de los filósofos sino muchas, y la gran fiesta de la vida, que había parecido inminente a los ilustrados, se hacía esperar. Con todo, el siglo XIX vivió sustancialmente todavía del optimismo progresista de la Ilustración. En el siglo XX, varias amargas experiencias a gran escala han hecho que se comience a cuestionar seriamente en Occidente, por primera vez, la fe ilustrada. Estas experiencias han sido las catástrofes totalitarias en nombre del hombre nuevo; la barbarie bélica que se ha servido de una ciencia extraordinariamente eficiente; y la amenaza de la alteración difícilmente reversible del equilibrio ecológico. Tanto o más que al «principio esperanza», se hacen llamadas ahora al «principio responsabilidad». Si, en cierta forma, seguimos siendo ilustrados, lo somos de una forma más cauta y escarmentada.

5. Tendencias artísticas en la sociedad cortesana del siglo XVIII

La asociación en el plano artístico del Siglo de las Luces con el neoclasicismo es una simplificación reduccionista. De hecho, en gran parte de Europa, sobre todo en la católica, y en Iberoamérica, es el estilo barroco el que domina durante la primera mitad del siglo XVIII. Baste mencionar la fachada del Obradoiro en la catedral de Santiago de Compostela, la Plaza Mayor de Salamanca, la gran abadía de Melk en Austria, o las iglesias del Carmen y de San Francisco en la ciudad minera brasileña de Ouro Preto.

La tendencia neoclásica, con su recurso a los modelos geométricos de la Antigüedad, fue muy importante y no sólo en los numerosos palacios o residencias reales inspirados en el de Versalles, desde Queluz, cerca de Lisboa, hasta el de Drottningholm, en las afueras de Estocolmo. Los nombres franceses de buena parte de estos palacios, *Sanssouci* («sin preocupación»), *Monrepos* («mi reposo»), y *Solitude* («soledad»), son otro testimonio de la irradiación de la lengua francesa en la sociedad cortesana europea. Estos nombres nos manifiestan también algunos de los propósitos a los que obedecían estas residencias: como lugares de recreo e imágenes del poder. A este segundo objetivo, visualizar el poder, se encaminaban también los arcos o puertas de triunfo, como la de Brandemburgo en Berlín, o algunos nuevos conjuntos urbanísticos, así la plaza erigida por iniciativa de Estanislao de Polonia en Nancy (la capital de su ducado de Lorena).

La Europa de las Luces que compartió estilos artísticos se apasionó también conjuntamente por las porcelanas y por otras obras de arte procedentes de China. La pagoda china construida por encargo del rey Jorge III de Inglaterra en su jardín botánico de Kew es uno de los más vistosos testimonios de esta afición a las *chinoiseries*. El exotismo también se tradujo, aunque en menor medida, en el interés por las sociedades islámicas.

La difusión cultural entre los diferentes países europeos, favorecida a veces por los enlaces dinásticos, fue también muy intensa en el ámbito de la música. Así, el alemán Händel sigue al príncipe elector de Hannover Jorge I hasta su nuevo reino de Inglaterra y se naturalizó británico.

El veneciano Antonio Vivaldi (1680-1743) y el alemán J. S. Bach (1685-1750) fueron dos de las cimas de la creación musical en la primera mitad del siglo XVIII. Desde 1750, Viena se convirtió en el principal centro (sonata, sinfonía, *lieder*, ópera) en el que destaca sobre todo W. A. Mozart (1756-1791), el genio de Salzburgo. Buena parte del siglo estuvo dominado por el desarrollo de la ópera, a partir de Italia.

Durante el Siglo de las Luces se abrieron numerosos espacios en las grandes capitales europeas como Londres, París, Viena y Venecia, que no sólo eran centros artísticos sino también espacios de representación y sociabilidad. En París, uno de los más importantes espacios de entretenimiento, vida social, tiendas de lujo y crítica política (por gozar de una jurisdicción especial) fue el complejo del *Palais Royal*, remodelado y ampliado desde 1781 por quien sería el duque de Orléans.

6. Los progresos en el conocimiento científico de la naturaleza y en su dominio

6.1. VALORACIÓN Y PRESTIGIO SOCIAL DE LA CIENCIA EN EL SIGLO DE LAS LUCES

La mentalidad ilustrada valoraba altamente, como dijimos, los progresos en el conocimiento científico de la naturaleza, para hacer la vida buena y bella. El ya citado «Discurso preliminar» a la *Enciclopedia* es un canto al progreso científico y tecnológico de especial relevancia. De esa confianza en la ciencia se nutre, en buena parte, el optimismo ilustrado. Esta alta valoración común de la ciencia experimental, como conocimiento y medio de dominación de la naturaleza, fundamentó una solidaridad internacional que trascendió, en ocasiones, incluso las guerras. En 1778, cuando se enfrentaron Francia e Inglaterra, Luis XVI ordenó que se dejara pasar a los barcos del inglés Cook en misión científica, «pues semejantes empresas son de utilidad común para todas las naciones». En el siglo XVIII, sobre todo en su segunda mitad, la observación científica de la naturaleza se pone de moda; se convierte en hecho social. Reyes y grandes aristócratas se disputan el patronazgo sobre los grandes sabios y amparan academias nuevas o renovadas. El modelo francés y el británico de academia, cuajados ya en el siglo XVII, fueron imitados en otros países. En 1701 se estableció la Academia de Ciencias de Berlín, a la que Federico II invitó treinta años después a matemáticos y otros científicos franceses y suizos.

6.2. PRINCIPALES AVANCES EN LOS DIFERENTES DOMINIOS CIENTÍFICOS

Las actitudes intelectuales con las que se aborda el estudio de los fenómenos naturales en el siglo XVIII son continuadoras, sustancialmente, de las que Newton había preconizado ya a fines del siglo anterior, pero van teniendo una mayor difusión y aceptación. Además, la revolución científica alcanza ahora a nuevos campos y logros. Uno de los nuevos dominios científicos fue la química, la cual adquiere en este siglo verdadero estatuto de ciencia, gracias sobre todo a los trabajos de Lavoisier (1743-1794), un ilustrado genial que murió guillotinado. Lavoisier ofreció una nueva definición operativa de elemento químico, (plasmó las afinidades o reacciones

químicas en relaciones numéricas y reelaboró sistemáticamente el lenguaje de esta ciencia. A fines de siglo, Lavoisier efectuó el análisis y la síntesis de los elementos del agua, al mismo tiempo, aproximadamente, que el inglés Cavendish. Fue Lavoisier quien enunció el famoso principio de que en la naturaleza nada se crea ni se destruye sino solamente se transforma.

En la física clásica, a partir del corpus básico de conocimientos del siglo XVII, los avances más importantes que se escalonaron en la segunda mitad de siglo se dieron en el ámbito de la electricidad, culminando en las leyes electromagnéticas de Coulomb, a fines de la centuria, y en la invención de la pila por Volta (1800).

En cuanto a la astronomía, el alemán Herschel descubrió el planeta Urano (1781). Laplace, por su parte, en el Sistema del mundo (1796), presentó un inventario riguroso y articulado del saber adquirido que es, a la vez, otra apología ilustrada de la ciencia. Por entonces el vivo debate sobre la forma exacta del globo terrestre había sido ya zanjado. Con las expediciones científicas a Laponia (zona polar) y Perú (ecuatorial), que midieron un grado de longitud, pudo establecerse que, como habían afirmado Newton y Huygens, la tierra era achatada en los polos. Estas expediciones científicas, como las de Cook y otras, ampliaron no sólo los conocimientos geográficos perfilando los mapamundi ingleses y franceses (con Australia, por ejemplo), sino también los horizontes etnográficos de los europeos.

En el conocimiento de la naturaleza animada, los avances se limitaron sobre todo a la descripción y catalogación de animales y plantas. Estos avances se vieron favorecidos por las expediciones al Pacífico y al Nuevo Mundo (como las de los españoles Mutis y Azara), así como por la creación o ampliación de jardines botánicos. Entre los sistemas de catalogación tuvo especial influencia el del sueco Linneo. Pese a sus deficiencias, este sistema simplificó el vocabulario internacional de los naturalistas mediante una clasificación binaria (un término latino para cada género y otro para cada especie). El naturalista más representativo de la época de las Luces fue probablemente Buffon (1707-1788), director del jardín botánico real de París, fundado en el siglo anterior, cuya monumental Historia natural (publicada desde 1739) conoció un enorme éxito en Europa. Buffon se propuso en esta obra ofrecer un bello y sistemático retrato de la naturaleza. Posteriormente, llegó a atisbar la variabilidad de las especies. Aunque la idea fijista seguía prevaleciendo (también porque parecía más conforme con la literalidad de los relatos de la Biblia), la visión evolucionista de las especies sería expuesta más claramente, ya a principios del siglo XIX, por Lamarck. Otra cuestión biológica que comenzó a debatirse fue la generación y fecundación en los animales, destacando las aportaciones experimentales, a mediados de siglo, de dos clérigos católicos: el inglés Needham y el napolitano Spallanzani.

En la medicina, los progresos fueron escasos en cuanto a la clínica, pese a que algunos médicos prestigiosos, siguiendo al holandés Booherhave, preconizaran que la «teoría debe inclinarse ante el lecho del enfermo» y empezara a darse una orientación experimental. Ésta presidió los nuevos colegios de cirujanos, separados de la universidad. Los intentos para curar la viruela, por inoculación de una pequeña dosis, fructificaron a fines de la centuria mediante la «vacuna» (viruela de vaca) de Jenner. Puede considerarse con todo que la anatomía patológica y la histología (estudio de los tejidos) se fundaron en el Siglo de las Luces.

6.3. DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS Y PRAXIS TECNOLÓGICA

Los descubrimientos científicos y los inventos afectaron escasamente en el siglo XVIII a las prácticas tradicionales, no sólo por inercia mental, sino también por la insuficiente conexión de aquéllos con el entorno productivo. Hubo algunos casos de claro impacto y engarce, especialmente en Gran Bretaña. Allí, los sucesivos perfeccionamientos de la «máquina de fuego» o de vapor llegaron hacia 1785 a su culminación gracias al escocés Watt. Desde entonces, incluso ya antes, se pudo utilizar una nueva fuente de energía, independiente de las condiciones naturales, en todas las actividades productivas y en las comunicaciones. Comenzaba en Europa la revolución tecnológica e industrial que reforzaría la supremacía de Occidente sobre otras civilizaciones. El saber era ya, también, poder de dominación, y no sólo sobre la naturaleza. Sin embargo, desde la perspectiva de hoy, la capacidad de dominio (y de destrucción) de los hombres del siglo XVIII nos parece muy escasa.

Dominar el aire era un viejo sueño humano. Ahora, al menos, aplicando los descubrimientos sobre los gases, los hermanos Montgolfier pusieron a punto sus globos aerostáticos. En uno de ellos lograron elevarse sobre París, en 1783, en medio del entusiasmo del público, Pilâtre de Rozier (que pagaría más tarde con su vida aquel sueño) y el marqués d'Arlandes.

Por esos mismos años ochenta, se percibe también ya una nueva sensibilidad hacia la naturaleza y se inicia el alpinismo moderno, con la ascensión al Mont-Blanc en 1786 de Gabriel Paccard. El hombre, que comenzaba a «vencer» a la naturaleza, se sentía (hechizado), quizás de una manera nueva, por ella. Las Ensoñaciones de un paseante solitario de Rousseau son un lírico testimonio de ese hechizo.

Así pues, en el decenio de 1780, cuando ya parecía posible superar las ataduras geográficas y las de la tradición intelectual, ¿hemos de extrañarnos de que en Francia se intentara soltar también las amarras político-sociales del Antiguo Régimen?

Bibliografía

- Bluche, F. (1980): *La vie quotidienne au temps de Louis XVI*, Hachette, París.
- Cassirer, E. (1972): *La filosofía de la Ilustración* (3.ª ed.), Fondo de Cultura Económica, México.
- Catálogo de la exposición *Carlos III y la Ilustración*, 2 vols., Lunewerg / Ministerio de Cultura, Barcelona, 1988.
- Chartier, R. (1993): *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Alianza, Madrid.
- Enciso, L. M. (2001): *La Europa del siglo XVIII*, Península, Barcelona.
- Ferrone, V. y Roche D. (eds.) (1998): *Diccionario histórico de la Ilustración*, Alianza, Madrid.
- Furet, F. y Ozouf, J. (1977): *Lire et écrire. L'alphabétisation des Français de Calvin à Jules Ferry* (Minuit) París. Trad. inglesa: *Reading and Writing*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982.
- Hazard, P. (1985): *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Alianza, Madrid.
- Heyden-Rynsch, V. von der (1998): *Los salones europeos: las cimas de una cultura femenina desaparecida*, Península, Barcelona.
- Jüttner, S. y Schlobach J. (eds.) (1992): *Europäische Aufklärung(en)*, Felix Meiner, Hamburgo.
- La Vopa, A. (1992): «Coceiving a Public: Ideas and Society in Eighteenth-Century Europe», *Journal of Modern History*, 64, pp. 79-116.

- Mestre Sanchís, A. (1993): *La Ilustración*, Síntesis, Madrid.
- Molas, P.; Bada, J. y otros (1998): *Manual de Historia Moderna* (1.ª impr.) (caps. 48 y 49). Ariel, Barcelona.
- Munck, T. (2001): *Historia social de la Ilustración*, Crítica, Barcelona.
- Pérez Samper, M. A. (2000): *La España del Siglo de las Luces*, Ariel, Barcelona.
- Roche, D. (1989): *La culture des apparences. Une histoire du vêtement, XVII-XVIII siècles*, Fayard, París.
- Sánchez Marcos, F. (1993): *La historiografía, de Heródoto a Voltaire, a través de sus textos*, (2.ª ed.), Labor, Barcelona.
- Valjavec, F. (1964): *Historia de la Ilustración en Occidente*, Rialp, Madrid.
- Vovelle, M. (ed.) (1995): *El hombre de la Ilustración*, Madrid.